

guído; es preciso no dar oído á los calumniadores, como lo hizo contra D. Pedro; no invertir los recursos en empresas mas brillantes que útiles, como lo verificó en Africa; no intentar lo que es superior á las propias fuerzas, como lo efectuó queriendo imponer á Castilla una princesa cuyo partido era muy débil. Eso en cuanto á lo exterior. Por lo que mira al interior mostróse el rey tan condescendiente, que enervó y empobreció el trono de una manera notable. «Ya lo veis, decia Juan II á sus consejeros, mi padre me ha dejado por único reino los caminos y las carreteras de Portugal»

En tiempo de Alfonso V. se suspenden los descubrimientos

El gran movimiento de navegacion cuyos progresos hemos admirado hasta la mayoría de Alfonso, se resintió igualmente de la languidez en que cayó Portugal. Desde 1446 á 1486, los descubrimientos solo llegaron desde el cabo Verde á la costa de Guinea, no pasándose el Ecuador hasta el año 1471. Añadamos empero que este entorpecimiento imputable sin duda al mal gobierno de Alfonso V, provino tambien de otras causas como fueron temores supersticiosos, un monopolio inconsiderado (1), y sobre todo la muerte del infante D. Enrique, que terminó su gloriosa carrera en 1460. Cierzo que cuando vemos que los portugueses necesitaron por lo menos cincuenta años para llegar desde el cabo Verde al centro de la costa africana, disminuye algun tanto la admiracion tradicional que sus descubrimientos inspiran. Pero además de que desplegaron luego mucha mayor audacia, merecerá siempre encomios el haber penetrado los primeros, y por la sola fé de una idea, en regiones hasta entonces defendidas por tradiciones espantosas, y el haber dado impulso á las demas marinas del universo.

Lo mismo diremos del tráfico de negros, que desde entonce se estableció en las costas del Senegal, y del que Lagos fué por mucho tiempo el principal centro. No olvidemos que ese tráfico de hombres, tan justamente execrable para nosotros, no excitaba ninguna indignacion entre los contemporáneos de Alfonso V, y que

(1) La compañía á la que se concedió este monopolio habia prometido explorar en cinco años hasta á quinientas millas al sur, y faltó á sus compromisos.

hasta podia parecerles bienhechor. Al convertirse en esclavos ¿no se convertian tambien muchos africanos al cristianismo? Su alma se salvaba á costa de su cuerpo.

CAPÍTULO IX.

Reinado de Juan II (1481—1495); organizacion y conquistas.

LUCHA CONTRA LA NOBLEZA.—RESISTENCIA DE LOS NOBLES; MUERTE DEL DUQUE DE BRAGANZA.—MUERTE DEL DUQUE DE VISEÓ; LA NOBLEZA SE HUMILLA (1484).—BUEN USO QUE HACE JUAN II DEL PODER; SUS FAVORES AL CLERO.—POLÍTICA EXTERIOR DE JUAN II; ACERTADA NEUTRALIDAD.—EMPRESAS MARÍTIMAS; DESCUBRIMIENTO DEL CABO DE BUENA ESPERANZA (1486).—MISION DE COVILHAM Y PAIVA EN ORIENTE.—PESTE; MUERTE DEL INFANTE ALFONSO, HEREDERO PRESUNTO.—LLEGADA DE COLON (1493).—DIVISION DE LOS DESCUBRIMIENTOS ENTRE CASTILLA Y PORTUGAL (1494).—MUERTE DE JUAN II (1495).—PASION DE JUAN II POR EL RENACIMIENTO.

Lucha contra la nobleza.

La edad media terminó en Portugal con Alfonso V, y su sucesor pertenece ya á la lista de enérgicos soberanos que inauguraron la era de los tiempos modernos: Luis XI, Fernando, Isabel, Enrique VII, Maximiliano, Iwan III, Matías Corvino.

Antes de subir al trono, Juan II habia ya mostrado su capacidad, como soldado y como príncipe, así es que los nobles temian su elevacion al paso que el pueblo se alegraba de ella por recobrar un protector. Luego que fué rey, Juan justificó tales temores y tal júbilo, pues cuando recibió en Evora los homenajes de sus nuevos súbditos, mostróse altivo con los nobles; respetuoso, mas no humilde, con el clero; solícito y amable con el estado llano. Para sellar mas esta intimidad, apresuróse á convocar las cortes, y el pueblo satisfecho le volvió al punto en fuerza lo que de él recibia en favores.

Y por cierto que Juan II necesitaba tal fuerza para luchar, despues de Alfonso V, con la omnipotencia de los nobles! Dueños absolutos estos del pueblo, por la justicia alta y baja que ejer-

cian en sus dominios, por sus riquezas y prestigio, reinaban además como gobernadores en las seis provincias, en todas las ciudades reales, y la monarquía se reducía á un vano título. Juan se ocupó al momento de este asunto, imponiendo un nuevo juramento á sus gobernadores y á sus vasallos; sustituyendo casi en todas partes la jurisdicción de los nobles con la real, y sujetando á severo exámen las donaciones territoriales de sus predecesores. Desde entonces toda la autoridad se concentró en manos del rey y de su consejo, y el órden nació con la unidad. Trabajando para sí mismo, Juan favoreció también los primeros intereses del país.

Resistencia de los nobles; muerte del duque de Braganza.

Los nobles, que consideraban sus privilegios como legítimo fruto de sus servicios y del tiempo, protestaron como hacían los de Francia y Castilla, y para dar más peso á sus reclamaciones, confiaron el cargo de exponerlas al más ilustre de ellos, al duque de Braganza, D. Fernando, biznieto de Juan I.^o y del santo condestable. Este era también cuñado de la reina, y sin embargo no se atrevió á denegar el nuevo juramento; pero lo hizo con cierta reserva, que le dió pie para exponer á Juan II las quejas de la nobleza. El rey las rechazó duramente, é irritado del encargo que D. Fernando había aceptado, comenzó á seguir sus pasos como los de enemigo cuya perdición meditaba.

No tardó el imprudente en darle ocasión para ello con la correspondencia culpable que mantenía con los descontentos, y con Fernando el Católico. El rey, que quería acertar el golpe, aguardó empero á que la traición fuera evidente, lo cual sucedió cuando Juan aparentó sacar del convento á la princesa Juana, rival de Isabel, pues el duque redobló al punto sus instancias á Fernando, y nada omitió para excitar su cólera. Sus ruegos fueron vanos, ambos reyes se pusieron de acuerdo; Juana volvió á su celda, y el duque de Braganza, delatado por uno de sus servidores, quedó solo frente á frente con su indignado soberano.

Juan II, que vacilaba todavía, permitió al duque que marchase á viajar; pero este, en vez de huir, osó presentarse en palacio y renovar sus quejas. Prendieronle, y á los veinte y cinco días compareció ante una comisión que él recusó inútilmente. Es sen-

sible añadir que D. Juan no se sonrojó de asistir á la vista de la causa, que resumió los debates y que habló de clemencia ante el retrato de Trajano que había mandado colocar en la sala, y ocioso es decir que D. Fernando fué condenado, apesar de que las pruebas de su culpabilidad no fuesen del todo patentes, y de que no hubiese en fin más que un proyecto de conspiración. Mas que de justicia, era un asunto de política, y Juan II castigaba en el duque de Braganza, no á un criminal, sino á un enemigo.

Mientras se disponía el suplicio, el duque dirigió al rey una elocuente carta, implorando perdón no para sí, pero sí para los suyos; Juan la leyó, pero al doblarla de nuevo exclamó: «Es fuerza hacer justicia sin distinción de personas.» Aun estaban conmovidos los cortesanos con tan amenazadoras palabras, cuando se oyó el tañido de las campanas. «De rodillas, señores, prosiguió el rey echándose de rodillas sobre un reclinatorio y llorando; encomendemos á Dios el alma del duque de Braganza, que muere en este momento.» A fin de que el ejemplo fuese más imponente, había mandado que la ejecución fuese solemne: lección terrible, quizás sobrada severa, pero ciertamente útil en una época en que el nacimiento parecía una infalible garantía de impunidad (22 de junio de 1483). Así obraron entonces todos los príncipes que quisieron destruir la edad media.

Menos sensible fué la ejecución del conde de Montemor, condestable del reino, que refugiado en Castilla desde el suplicio del jefe de la nobleza portuguesa, era el alma de todas las maquinaciones urdidas en Portugal contra la monarquía. Como estaba en lugar seguro, Juan II mandó fabricar un maniquí lo más parecido posible, y pronunciada su sentencia, el verdugo recibió la órden de arrancarle la espada, la bandera y la armadura, y de cortarle la cabeza; para completar la ilusión, se enrojeció la tierra con sangre artificial, y el fuego consumió todo cuanto sirvió para el suplicio. Por más rara que nos parezca esta ceremonia, surtió su efecto, pues el conde no pudo sobrevivir á ella, y ningún noble puso en duda de que el rey habría sido tan inexorable con la persona como con la efigie. Semejantes ejecuciones eran comunes en España. Pocos años después, los castellanos derribaron en la llanura de Avila la efigie de Enrique IV, declarándole destituido.

Muerte del duque de Viseo; la nobleza se humilla (1484).

Juan II hizo mas, y esta vez la leccion fué decisiva. Entre los señores á quienes mas irritaba la grande humillacion de la nobleza portuguesa, figuraba en primer término el jóven duque de Viseo, hermano de la reina, y Juan, que tuvo lástima de él, le comunicó sus sospechas. «Duque, le dijo al salir de la misma sesion en que se acordó el arresto del de Braganza, id con cuidado. Sé tambien vuestros designios. Podria castigaros, pero en atencion á vuestra juventud, prefiero esperar.» El duque no hizo caso de estos buenos consejos, y acabó por albergar la esperanza del trono, luego de asesinado el rey. Juan no titubeó; mandó llamar al culpable, y *sin que mediase entre ellos una larga conversacion*, matóle él mismo á puñaladas. Algunos dicen que primero le preguntó lo que haria á un hombre que quisiese asesinarle: «Él moriria antes!—Muere, pues, exclamó Juan, tú acabas de condenarte (22 de agosto de 1484).» El acta de esta ejecucion ya no existe: el infante fué sepultado por la noche, y todos sus cómplices perecieron como él de muerte violenta, figurando en la fúnebre lista los grandes nombres de Ataíde y de Meneses.

Buen uso que hace Juan II del poder; sus favores al clero.

Con tan ilustres ejemplos se llegó por fin al término deseado, es decir, que los nobles se humillaron, aprendieron á obedecer, respetaron al pueblo, y cifraron en adelante su ambicion en la gloria del país. Por su parte, Juan II procuró merecer la grande autoridad que el trono acababa de adquirir: incansable en el trabajo, reprendia á los gobernadores, jefes y oficiales que no desplegaban el mismo celo; queria verlo todo por sí mismo, y convencido de que todo desmaya sin la emulacion, notaba con cuidado todos los buenos servicios prestados á él, ó al reino, á fin de que el mérito no esperase en vano su recompensa. Por esto pudo decir de él un embajador: «He visto á un hombre que manda á todos y á quien nadie manda.»

Algunas frases célebres le pintarán aun mejor: á un juez ve-

nal y perezoso le dijo: «Sé que vuestras manos están siempre abiertas y vuestra puerta siempre cerrada. Cuidado!» En Lisboa se habian abierto algunas casas de juego, y no pudiendo lograr que se cerrasen, mandó quemarlas, «para destruir, decia, esas madrigueras en que el rico se arruina, el bueno se pervierte, y el malo encuentra con qué continuar sus maldades.» Un valiente caballero le pidió una gracia balbuceando: «¿Porqué, si vuestros brazos me sirven tan bien, no teneis lengua para solicitar una justa recompensa?» ¿No basta eso para comprender que semejante príncipe supo fundar un nuevo orden en Portugal? Sus pueblos arrancados de repente de la anarquía feudal, le llamaron reconocidos el *rey perfecto*.

Mientras la nobleza veia caer sus privilegios uno tras otro á los golpes del cetro, es de notar que Juan II respetó los del clero, ora á fuer de piadoso, ora porque temiese atacar á un tiempo al clero y á la nobleza y suscitarse resistencias invencibles. Tal fué tambien la política de su vecino Fernando el Católico, quien confundió tanto el trono con la religion, á Dios y al rey, que en breve se llamó con un mismo nombre á ambas majestades, y la insurreccion no se distinguió ya del sacrilegio. Sin embargo, Juan II fué demasiado léjos en semejante senda, permitiendo publicar los decretos pontificios sin prévia autorizacion del canceller (1485). ¿Cómo no vió que por esta sola concesion la corona de sus descendientes caeria bajo un vasallaje aun mas estrecho que el recién destruido?

Política exterior de Juan II; acertada neutralidad.

Tranquilo en el interior, Juan II podia libremente dirigir al exterior todas las fuerzas de que Portugal era deudor á Juan I, á D. Pedro, á D. Enrique y á él mismo. De su reino data verdaderamente la alta prosperidad de este país.

Nada mas sencillo que la política de Juan II en el continente, reducida á mantener con Castilla buenas relaciones de vecindad. La mejor prenda de esta amistad fué el matrimonio del hijo único de D. Juan II, D. Alfonso, con la infanta Isabel, hija de Isabel y de Fernando (1488); y cuando este príncipe falleció prematuramente, su jóven viuda pudo dejar la corte de Lisboa y volver al

lado de su madre, sin que nada alterase la buena armonía de ambos pueblos despues de una rivalidad de tres siglos. En cuanto á las cuestiones de Juan II con el gobierno francés, y á la solemne declaracion de guerra que Duarte Galvao llevó á la corte de Carlos VIII, basta mencionarlás, puesto que carecieron de importancia y de todo resultado.

Empresas maritimas; descubrimientos del cabo de Buena Esperanza (1486).

Juan II concentró en el Océano, verdadero teatro de la gloria portuguesa, casi todos sus pensamientos de ambicion. Los descubrimientos recobran en su tiempo su primitiva actividad.

No bien subió al trono, Juan II se intituló señor de Guinea, y solicitó del papa la publicacion de una nueva cruzada contra los moros del Africa septentrional. Inocencio VIII accedió sin dificultad, y los brillantes triunfos de los generales portugueses, durante muchos años, no hubieran sido menos ruidosos que los de Juan 1.º ó de Alfonso V, sin los maravillosos progresos que la marina portuguesa hacia entonces mas allá del Ecuador.

Mientras no se habia llegado cerca de aquella famosa línea, los navegantes portugueses habian observado que el Africa iba siempre extendiéndose hácia el oeste, y la esperanza de dar la vuelta á la misma habia acabado por parecerles una quimera; pero cuando á contar desde el 10º y sobre todo desde el 5.º grado de latitud norte, vieron que la costa africana se corria en direccion al oriente, recobraron el valor con la esperanza, y fué tanto mas eficaz su renaciente ardor, en cuanto la nueva aplicacion del astrolabio á la navegacion les permitia empresas mas importantes y menos peligrosas.

De la Guinea donde primeramente abordaron y recogieron gran copia de oro y de marfil, los portugueses llegaron al reino de Benin y al Congo, y despues á ochocientos quilómetros al sur del rio Zaire. En fin, á 2 de agosto de 1486, Bartolomé Diaz se hizo á la vela con dos naves y un buque de trasporte, y curioso por las vagas noticias que de todas partes recibia sobre un rey del Africa oriental, llamado el preste Juan, el rey de Portugal habia encargado á aquel ilustre marino que fuese á cercio-

rarse de las leyendas de que era objeto tan misterioso personaje.

Bartolomé siguió escrupulosamente las instrucciones recibidas, y procuró atraer á los habitantes á la costa para informarse acerca del preste Juan, y si bien no pudo lograrlo, halló en cambio cosas mejores. En vano terribles tempestades combatieron sus frágiles embarcaciones; en vano los atrevidos marineros que le acompañaban quisieron obligarle á retroceder: el capitán continuó intrépidamente su camino á lo largo de países desconocidos, y despues de arribar sucesivamente á la bahía de los Vachers, á la isla de Cruz, al Pero Infante, llegó por último á un gran cabo que llamó de las Tormentas. Por gloriosa que fuese esta navegacion, Bartolomé no estaba satisfecho y queria ir mas léjos; mas la rebelion de sus tripulaciones le obligó á regresar á Portugal, donde entró despues de diez y siete meses de ausencia con mucho oro y gran número de esclavos. Satisfecho de sus descubrimientos, Juan II entrevió un lisongero porvenir, y se apresuró á cambiar el funesto nombre de cabo de las Tormentas por el de Buena Esperanza.

Mision de Covilham y Paiva en Oriente.

Mientras Bartolomé Diaz buscaba en los extremos del Africa los fabulosos Estados del Preste Juan, dos viajeros intentaban por tierra el mismo descubrimiento: eran Pero de Covilham y Alfonso de Paiva, ambos valerosos, geógrafos y versados en el idioma árabe vulgar. Llevaban cartas en las que su soberano pedía al Preste Juan amistad y union para la propagacion de la fe cristiana.

Trasladáronse á Nápoles, de Nápoles á Rodas, á Alejandría y al Cairo, donde se separaron. Alfonso se dirigió á Etiopia y Covilham á las Indias, embarcándose en Aden. Alfonso no fué afortunado, y murió pronto; pero su compañero arribó á Cananor, á Calicut, á Goa; fué el primero en ver lo que realmente eran las Indias; recorrió el dilatado Océano que las separa del Africa; visitó Sofala y volvió á Aden con las mas preciosas noticias. Llegado por fin al Cairo, iba á reembarcarse para Portugal, entristecido por la muerte de Paiva, cuando un judío español le habló de Babilonia, de Bagdad, de Ormuz, y en nombre de Juan II le recomendó

tambien que buscase al Preste Juan. Covilham confió al judío cuanto habia descubierto, con una carta circunstanciada para el rey, y renunciando al regreso, determinó ir á Ormuz. Despues de examinado este país, quiso continuar la empresa en que Paiva se habia estrellado, y tuvo motivo para felicitarle de ello, puesto que encontró en Abisinia á un negro llamado Alejandro, de quien obtuvo excelente acogida, y en quien no vaciló en reconocer al famoso pontífice que ocupaba tan vivamente las imaginaciones. La muerte de Alejandro hubo de desengañarle. El sucesor de este príncipe detuvo á Covilham, y le fué forzoso renunciar á la esperanza de volver á España. Ello es que aun vivia en 1515 entre los abisinios, casado y propietario de vastos dominios.

Los viajes de Covilham merecen sin duda un distinguido lugar entre los grandes trabajos de aquella época, pues si bien no logró demostrar la verdad de las fábulas de que el preste Juan era objeto, tuvo la gloria de ser el primer cristiano que recorrió los mares de Oriente; el primero que visitó Ormuz y las Indias, y el primero que tocó en la costa oriental del Africa. En adelante no podia ya dudarse de que la circunnavegacion de aquella vasta península era realizable, y por consiguiente, de que era posible abrir un nuevo camino hasta las Indias, siendo inútil que las palabras del rey de Arguin, que fué á bautizarse en Portugal, confirmasen mas y mas las pomposas esperanzas de Juan II. Restaba solamente la ejecucion.

Peste; muerte del infante Alfonso, heredero presunto.

¿Qué faltaba entonces á la ventura de Juan II? Tranquilo en Europa, dueño absoluto en Portugal, y adorado de su pueblo, veíase en vísperas de adquirir grandes riquezas y una inmensa gloria, cuando terminadas las suntuosas bodas de su hijo don Alfonso y de la infanta Doña Isabel, declaróse de repente una peste que consternó á todo el reino. Afortunadamente el azote fué mas violento que duradero, y el dolor cedió pronto el lugar á los placeres y á los trabajos. Sin embargo, á los pocos meses, el hijo único de Juan encontró la muerte mientras iba á reunirse con su padre á orillas del Tajo. Montado en un potro, en vez de la pacífica mula de que se servia en sus paseos, ocurrióle desa-

fiar á Meneses, y en la carrera sufrió una caída espantosa. Levantáronle casi muerto, y Juan II, la reina y la infanta, que acudieron inmediatamente, le hallaron tendido en la choza de un pescador. El dolor que causó esta catástrofe es indecible; todos amaban al jóven príncipe. Rogativas, remedios, votos solemnes, todo fué inútil, y el infante expiró al dia siguiente á la edad de diez y seis años.

La muerte de Alfonso trasmitió sus derechos á D. Manuel, duque de Beja, primo y amigo suyo; pero D. Juan II no amaba á este jóven príncipe, hermano de aquel duque de Viseo jefe de la alta nobleza contra el cual ejerciera tan sumaria justicia. Resolvió pues alejarle del trono, solicitando de Alejandro VI la legitimacion de D. Jorge, su hijo natural, en quien habia recaído toda su ternura paterna, sin que la reina, hermana de Manuel, ni los grandes señores, á quienes humillaba la elevacion de un bastardo, pudiesen disuadirle de un designio que durante algun tiempo fué su pensamiento favorito.

Llegada de Colon (1493).

En medio de los cuidados que estas negociaciones reclamaban, supo Juan II la llegada de dos buques con las armas de Castilla, que impelidos por la tempestad solicitaron anclar en el puerto de Lisboa (1493). Eran los de Cristóbal Colon, que traía consigo los brillantes testimonios de su glorioso descubrimiento: palmas verdes aun, oro é indios. D. Juan le mandó presentarse en su corte, y oyó de sus mismos labios la relacion de los grandes sucesos que le habian ocurrido. ¡Cuanto dolor debió sentir entonces aquel príncipe, al recordar las prevenciones que concibiera contra aquel grande hombre, cuando Colon le habia ofrecido hacer para Portugal lo que acababa de efectuar para Castilla, y al pensar que habia perdido la ocasion de poseer un nuevo mundo, alcanzado de pronto por los castellanos al paso que los portugueses, desde hacia ochenta años, corrían tras un objeto que parecia huir delante de ellos! Sin embargo, no escuchó ni un momento á los indignos consejeros que le proponían ahogar en la sangre de Colon el secreto de su maravilloso descubrimiento; antes le trató con distincion, y honrándole así, honrábase á sí

mismo. Contento con haber confundido tan admirablemente los absurdos desprecios de que habia sido objeto, Cristóbal Colon se apresuró á continuar su rumbo, para llevar á su soberana la mas grande noticia de los tiempos modernos.

Division de los descubrimientos entre Castilla y Portugal (1494).

Juan II resolvió aprovechar la vergüenza de que tan alto triunfo llenaba á los marinos portugueses, y mandó inmediatamente equipar una escuadra numerosa para seguir las huellas de los españoles y hacer nuevos descubrimientos. La incontestable superioridad de su marina le infundió la esperanza de apropiarse los mejores frutos de los trabajos de Colon, no dejando el Océano de ser portugués; pero Castilla reclamó de contado contra tales armamentos, y eligióse al papa como mediador. El tratado de Tordesillas, que orilló estas dificultades, dividió el mundo en dos hemisferios: el oriental pertenecería á Portugal, y el occidental á Castilla. La línea de demarcacion se fijó algo al oeste de las Azores, y en el año siguiente, por quejas de Juan II, que pretendia hallarse estrechado en el Oriente, retiróse el límite imaginario á unas trescientas setenta leguas al Oeste del cabo Verde. Hay que añadir que estas convenciones, casi irrealizables por falta de medidas asáz precisas, no se invocaron ni una sola vez durante mas de treinta años; pero sí en el siglo siguiente, con motivo de la famosa discusion que suscitó la posesion de las islas Molucas.

No bien tuvo seguro el oriente, D. Juan II, corrido de no haber traspasado ya los límites de Africa, se propuso igualar cuanto antes á los castellanos, primero no deteniéndose sino en la costa de la India, y en seguida con vastas conquistas en Asia. Equipóse pues una escuadra importante, y como una prueba de los grandes hechos que esperaban de la nueva expedicion, puso sola al mando de Vasco de Gama, su mas distinguido marino.

Muerte de Juan II (1495).

Vana esperanza! En el mismo momento en que D. Juan II sueña en la dominacion del oriente, redobla la mortal languidez que

le consume, y segun han pretendido algunos, la única causa de su prematura dolencia fué un veneno lento que le dió uno de sus mas poderosos enemigos, durante las magníficas fiestas con que celebró el enlace de su hijo. Como quiera que sea, ni las aguas de Monchique ni las de Alvor pudieron curarle, y solo volvió á Lisboa para morir en ella.

Entre los pesares que le agobiaban, su mayor preocupacion era saber quien le sucederia. El amor que profesaba á D. Jorge acalló por mucho tiempo en su alma todas las demás consideraciones; pero cedió por fin á la oposicion de Roma, á las instancias de la reina y á las representaciones de su secretario D. Faria, quien le mostró la guerra civil como consecuencia inevitable de su injusta preferencia. Juan II proclamó pues por heredero suyo al hermano de aquel á quien diera muerte, y hasta le mandó que se presentara en la corte. D. Manuel no quiso ponerse en presencia de un príncipe cuyo odio le era sobrado conocido, y no entró en Lisboa hasta que le anunciaron la muerte de D. Juan II.

Esta noticia era falsa; Juan II aun respiraba. Como el prior de Crato le tiraba de la barba para cerciorarse de ello: «Prior, le dijo el rey levantándose á medias, mejor es tocarme los piés que el rostro.» Esta resurreccion inesperada produjo tal efecto, que el pueblo de Lisboa, no dudando ya de su restablecimiento, forzó las puertas de su morada y quiso absolutamente verle; pero estas vivas emociones agotaron el resto de vida que quedaba al moribundo, el cual acabó por ser víctima de su postracion.

Desde aquel momento impúsose una singular humildad, él que poco antes llevaba tan altivo su real corona. Quiso que la cámara en que debía morir fuese despojada de todos sus adornos, que su lecho descansase en el suelo, y viendo que aun le llamaban alteza: «Dejad, decia, dejad esos orgullosos títulos. Ya no soy mas que polvo y podredumbre.» Refieren tambien que preguntó como estaba la marea, y que oida la respuesta, añadió: «Dos horas mas.» Tenia razon, pues cuando se alejaban de la playa las últimas olas del Océano, exaló el último suspiro (25 de octubre de 1495).

Al saber el fallecimiento de Juan II, Isabel la Católica, reina de Castilla, hizo en dos palabras su oracion fúnebre: «El hombre ha muerto.» Así llamaba siempre aquella gran reina á tan gran

rey, reputándole como uno de los mas notables tipos de lo que deben ser los hombres.

Tenia razon Isabel? Sin duda. No porque Juan II fuese tan perfecto como los portugueses agradecidos le han proclamado, pues adoleció de la mayor parte de los defectos de su tiempo, y llevó la justicia hasta el rigor, sino porque practicó con constante celo y con grande éxito su oficio de rey en el siglo XV. Humillar á la nobleza, unirse con el pueblo y mantener la paz con la península para consagrar al Océano todos los recursos de sus Estados, ¿no es lo mejor que podia hacer el soberano de Portugal? Esto es lo que hizo Juan II: digno descendiente de Juan I, él fué quien mejor cimentó los esplendores de la monarquía portuguesa.

Pasion de Juan II por el renacimiento.

Al entretenernos en tales luchas y descubrimientos, olvidábase uno de los mas altos títulos de Juan II: su afición á las letras y á las artes. Corria la época en que los primeros rayos del renacimiento anunciaban la aurora de los tiempos modernos: Juan II nada omitió para difundirlas en su reino, y para manifestar mejor cuanto las apreciaba, dedicóse á la música, al dibujo, y con especialidad á la asidua lectura de los grandes escritores antiguos que han educado á la nueva sociedad, lo que era tambien luchar con la edad media.

La jóven nobleza imitó el ejemplo de su rey, y por fin conoció que el valor guerrero no es la sola virtud merecedora de la admiracion de los hombres. Ganoso de acelerar mas y mas tan deseado movimiento, Juan II atrajo á gran número de sábios y de artistas extranjeros, los que habian de naturalizar en Portugal la literatura y las artes de que era Italia la única depositaria. De este número fué el ilustre Policiano, á quien el mismo monarca rogó que fuese á su corte, con el objeto de escribir los descubrimientos de los portugueses, y preparados los materiales de la historia, la muerte arrebató casi á un tiempo al príncipe y al historiador. Sin embargo, lo esencial era inspirar á los portugueses el desconocido gusto por los placeres intelectuales, y envolverles en los irresistibles encantos de la civilizacion, y

esto lo obtuvo Juan II, pues sin que obra alguna notable señale su reinado, habia de sembrar en el suelo de su país los gérmenes de una nueva gloria. Pronto verémos si fueron infecundos.

CAPÍTULO X.

Reinado de Manuel el Afortunado (1495—1521).

ESTADO DE PORTUGAL EN 1495.—EXPEDICION DE VASCO DE GAMA.—ESTADO DE LAS INDIAS Á LA LLEGADA DE LOS PORTUGUESES.—PRIMERAS NEGOCIACIONES DE VASCO DE GAMA EN CALICUT.—INTRIGAS DE LOS MERCADERES MAHOMETANOS.—PARTIDA DE VASCO DE GAMA.—CABRAL DESCUBRE EL BRASIL (1500).—SEGUNDO VIAJE DE VASCO DE GAMA (1502).—VICENTE SODRE Y PACHECO.—FRANCISCO ALMEIDA (1503).—VICTORIA DE DIU.—CONQUISTA DE SOCOTORA Y DE ORMUZ.—EL VIREY ALBUQUERQUE (1508) SE APODERA DE GOA Y DE MALACCA; PRIMERAS RELACIONES CON LA INDO-CHINA Y LA OCEANIA.—SUMISION DEL MALABAR; DESIGNIOS DE ALBUQUERQUE SOBRE EL MAR ROJO.—TRISTE FIN DE ALBUQUERQUE (1513).—GOBIERNO DE LOPEZ SOAREZ (1515-1518).—GOBIERNO DE SIQUIERA.—ASUNTOS DE AMÉRICA, AFRICA Y EUROPA; GOBIERNO INTERIOR.—MUERTE DE MANUEL; OJEADA SOBRE EL REINADO DE ESTE PRÍNCIPE.

Estado de Portugal en (1495).

¿Cómo extrañar el hermoso renombre que Manuel ha recibido de sus contemporáneos y de la historia, al recordar la situacion de Portugal en 1495? En el interior, la majestad real engrandecida, la nobleza dócil, el pueblo feliz, la hacienda floreciente, iluminado todo con los primeros rayos de la civilizacion; en el exterior, una paz profunda con el continente, y el norte de Africa sometido, mientras que el pabellon portugués flotaba incesantemente en nuevas regiones; mientras que se llegaba al extremo del Africa; mientras que los buques destinados al descubrimiento de las Indias estaban prontos á zarpar á las órdenes de Vasco de Gama. En verdad, bastaba que el sucesor de Juan II no fuese de todo punto indigno de su corona y de su pueblo, para que su reinado, empezado bajo tales auspicios, figurase entre los mas gloriosos. Y así fué, pudiendo afirmarse que ninguna otra nacion se elevó tan rápidamente hasta tal grado de prosperidad. Bosquejemos, pues, el cuadro de esta grandeza.